

La Era de la Mariposa.

Nuevos paradigmas y espiritualidad de la Vida Religiosa.

Nadie se atrevería a negarlo: las Iglesias y, más generalmente, las religiones, atraviesan por una crisis, en muchos aspectos, mortal. Por cierto, las manifestaciones religiosas más fanáticas y más premodernas abundan. Las formas más irracionales y retrógradas de comportamiento religioso parecen tener, hoy, un asombroso éxito, tanto en Estados Unidos como en otros muchos lugares del planeta. Sin embargo, no dudaría en afirmar que este éxito está ligado, precisamente, a la fuerte carga de angustia que produce una coyuntura de cambio de época. Se trata del reflejo sin futuro de una desesperada búsqueda de seguridades.

En efecto, no hay que confundir éxito de moda efímera, y sentido a largo plazo. Ya es imposible, hoy, ocultar la profunda inadecuación del discurso y del universo simbólico religiosos en contexto de postmodernidad.

Muchos son los autores, en estos tiempos, tanto creyentes como agnósticos, que auguran la pronta obsolescencia de los sistemas religiosos, bajo sus formas tradicionales, y el surgimiento progresivo de una nueva era espiritual de carácter místico¹.

En esta etapa evolutiva, las religiones que ofrezcan una verdadera y convincente propuesta mística, más allá de las camisetas de fuerza de las normas morales, de las cosmovisiones míticas y del dogmatismo doctrinal premoderno, tendrán alguna esperanza de encontrar acogida en estos nuevos tiempos en dolores de parto.

En el contexto cristiano, y más particularmente, en el mundo de los religiosos y religiosas, esta toma de conciencia recién está aflorando, a pesar de lo ya antiguo de muchas de las preguntas hechas al pensamiento religioso desde el Renacimiento. Es urgente, por lo tanto, atender, por fin, esto que se suele llamar los “nuevos paradigmas”. Nos toca reelaborar todo el discurso creyente, nuestras teologías, antropologías y estilos.

Abandonando, de una vez, las tentaciones reaccionarias recalcitrantes que intentan afirmar la vigencia de los antiguos modelos, se nos pide abordar, con lucidez, modestia y valentía, estos desafíos. De esta opción dependen, no solamente la pertinencia histórica futura de nuestra fe, sino, simplemente, nuestra supervivencia como propuesta de sentido.

En esta reflexión, desde la perspectiva específica de la Vida Consagrada, tomaremos en cuenta los “nuevos paradigmas”, en el sentido de “maneras de comprender la realidad”. Pero, también nos ocuparán los “nuevos escenarios”, es decir las formas concretas de vida y sus opciones múltiples, que brotan, justamente, de dichos paradigmas.

¿Nuevos paradigmas o nuevos escenarios?

En esta primera parte, quisiéramos, a modo de introducción, hacer un inventario sistemático y general de lo “nuevo” con lo cual nos toca debatir en estos tiempos.

Cuestionamiento antiguo y vieja resistencia.

¹ Ver entre muchos otros M. Gauchet, W. Jäger y R. Lenaers.

Si somos honestos, tenemos que reconocer que dichos famosos paradigmas no son nada nuevos, en realidad. Desde que la nueva racionalidad científica empezó a cuestionar la validez y vigencia de la racionalidad mítica, a partir del Renacimiento y en las alboradas de la modernidad, la Iglesia ha dedicado gran parte de sus energías a resistir a lo que le parecía, con razón, la mayor amenaza a su poder hegemónico sobre las conciencias y las mentalidades.

Esta lucha secular tiene sus grandes figuras martiriales emblemáticas, como Galileo (hoy rehabilitado), y tantos otros. Cuantos avances científicos y de la simple libertad de pensar y actuar tuvieron que desplegar estrategias de clandestinidad frente a la Iglesia para poder lograr resultados. Prácticamente todos los grandes pasos de la inteligencia humana, en los últimos 500 años, incluyendo los que las Iglesias asumen hoy como compatibles con la fe, fueron primero condenados con fanatismo.

No por ser más reciente es menos significativa la polémica engendrada por las nuevas conciencias democráticas, desde las grandes revoluciones, francesa y americana. El tema de los Derechos Humanos, con sus diferentes etapas de evolución, encontró siempre (y sigue encontrando en nuestro medio) una ardua oposición de las Iglesias, largo tiempo identificadas con el Antiguo Régimen. No es la tardía y ambigua reconciliación inaugurada por Vaticano II y sus herederos en los diversos continentes, que puede borrar, no sólo el recuerdo, sino, sobre todo, la tentación siempre emergente de las antiguas posturas eclesiásticas.

Este viejo debate, con sus persistencias recalcitrantes en los preocupantes neo-conservatismos de hoy, explica porqué, en la perspectiva moderna, las Iglesias siguen cargando con una gravísima hipoteca de oscurantismo científico y de violencia antidemocrática. Volveremos a este tema más adelante.

Nuevas conciencias y grandes duelos religiosos.

Varios autores asumen hoy la necesidad de abordar la realidad, en su conjunto, de manera evolutiva. Algunos, como el benedictino alemán Jäger², optarían, incluso, por una “teología evolutiva”. Todo discurso sobre la realidad tendrá, en adelante, que trabajar desde la evolución de las conciencias humanas, dentro del concepto más amplio de un universo globalmente en expansión.

Hemos evolucionado, primero, de lo prehumano sin conciencia (¡16.000 millones de años sin nosotros!), a lo humano arcaico, con su pensamiento mágico y, posteriormente, mítico. En lo que nos concierne, es urgente denunciar, en nuestro pensamiento religioso contemporáneo, la inmensa cantidad de referencias de tipo mágico y mítico que inspiran todavía nuestra cosmovisión, nuestras antropología y teología cristianas, como, más aún, nuestras prácticas rituales y celebrantes y nuestras catequesis.

Los cristianos de mínima formación científica, que son la inmensa mayoría, incluso en los lugares más apartados de nuestros continentes pobres, tienen que hacer malabares cerebrales que los condenan a una especie de esquizofrenia espiritual. Por una parte, toda su comprensión de la realidad se apoya, en adelante, en la convicción científica que sólo existe “un” mundo. Pero, cuando se trata de entrar en el campo de la religión, todo

² Ver W. Jäger o.s.b.: La Ola es el Mar

tiene que ser expresado en la afirmación mítica de la dualidad de los mundos, el de aquí y el de allá. La oración, la ética, la liturgia y las esperanzas escatológicas están construidas sobre estos a priori obsoletos, hoy en día, desde el punto de vista la evolución de las conciencias.

Es como si tuviéramos que congelar la parte de nuestro cerebro que piensa y siente en moderno, cuando entramos a la iglesia o abordamos las cuestiones de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Esta situación plantea una pregunta fundamental: ¿en qué medida el discurso religioso (teología, ritualidad, dogmática etc.) está todavía habilitado para explicar el “cómo” del mundo y del universo e, incluso, para darle sentido? Dejemos las viejas tentaciones mecanicistas, teístas y, finalmente, materialistas del discurso creyente. Su función y tarea, muy modestas por cierto, ¿no serían, simplemente, interrogar la realidad desde la fe y celebrar la fe desde la realidad, de tal manera que el creyente, a partir de su experiencia mística, se comprometa consciente y libremente en dicha realidad?

Es hora de dejar la responsabilidad de la “explicación” (el “cómo” universal de las cosas) a la búsqueda científica. En cuanto al “sentido”, me pregunto si, desde el punto de vista humano, existe en sí, o si hay que construirlo constantemente, en una comprensión evolutiva, a través del debate plural de las ciencias, filosofías, convicciones y místicas. ¿Qué nos queda entonces? La fe y la mística, con la ética que brote de ellas. Para nosotros cristianos, lo que nos queda es Jesús y su Palabra, y punto.

La segunda etapa de la evolución de la conciencia humana concierne el advenimiento del sujeto. En el Occidente, esta eclosión se da al fin de Medioevo (el amor cortés, por ejemplo) y se desarrolla de manera definitiva a partir del Renacimiento. En el Cristianismo, la Reforma fue, sin lugar a duda, la manifestación más profunda de la reivindicación del sujeto.

La prioridad de la persona en la cosmovisión occidental encuentra también en las Escrituras y la Tradición cristiana fuentes sublimes de inspiración a pesar de las contradicciones señaladas en la etapa anterior.

En esta etapa de la conciencia personal, se inaugura el debate entre el sujeto y las creencias míticas premodernas, heredadas del discurso pre-personal. El ateísmo moderno participa de este debate de manera paradigmática. En este sentido, agnosticismo y ateísmo fueron, y son, quizás, etapas necesarias, en el nivel de las creencias religiosas, para acceder a la verdadera experiencia de la fe, de orden místico.

Presenciamos la emergencia de la primera generación, en la Historia humana, que es concebida y nace atea. En el pasado, por el contrario, uno era concebido creyente, de alguna manera, y el ateísmo surgía como una conquista de la libertad humana. Por primera vez hoy, uno está llamado a “volverse” creyente, en un heroico debate de libertad con su “ateísmo nativo”.

Muchos autores piensan que estamos llegando a una nueva etapa de la evolución de la conciencia humana que Jäger llama “conciencia trans-personal” o “supra-personal”. La fe, como experiencia mística, es la manera específicamente religiosa de acceder a este nivel de conciencia donde el yo se relativiza como una simple mediación, para acceder a

un espacio de comunión con el Todo, con el universo en su vitalidad eterna, con el Dios que se confunde con la Vida, según la expresión de san Juan.

Indudablemente, esta evolución de la conciencia humana implica, para el creyente, asumir grandes y dolorosos duelos para poder vivir su fe a partir de nuevos presupuestos. Desde tiempo, ya, se habla de los tres grandes duelos de la modernidad: el duelo geocéntrico con Copérnico (la tierra no es el centro del mundo). El duelo antropocéntrico con Darwin (el ser humano no es la razón de ser del universo sino el fruto, sublime pero azaroso, de la evolución y de una misteriosa selección de las especies). El duelo ético moral con la teoría del inconsciente de Freud.

Pero en adelante, tendremos que procesar permanentemente muchos nuevos duelos más, en cuanto a la imagen de Dios, las fórmulas premodernas del Credo, el monopolio universal de la verdad confesional, el estatuto del otro (la mujer, los demás pueblos, los homosexuales, las demás religiones etc...). Es la hora de reconstruirnos a través del “inter”: diálogo interreligioso, ateísmo y fe, debate interdisciplinario entre las ciencias y la mística, forum de diversas experiencias y concepciones de lo divino.

De una vez, asumamos que, sí, existe “un sólo mundo” y que, sin embargo, como dicen los alter-mundialistas, “otro mundo es posible” (y deseable), a través de este maravilloso y eterno debate. Es la hora de pasar de la ilusión mítica a la búsqueda de una verdadera experiencia simbólica a la altura de las nuevas conciencias y de sus reivindicaciones.

Se me antoja imaginar la coyuntura por la que está pasando el creyente, como la experiencia del gusano que, en una noche solitaria y angustiada, pasa al estatuto de mariposa. Estamos entrando a la “era de la mariposa”. Por cierto, la era del gusano era más segura en su pesadez arrastrada en el piso, con su horizonte tan limitado que casi se confundía con la ceguera. La vida de la mariposa, en cambio, es ligera, insegura, frágil y efímera. Pero ¡qué belleza, qué libertad de vuelo, qué horizonte...!

Impacto de los nuevos escenarios en la Vida Consagrada.

En esta segunda parte, intentamos dibujar un doble diagnóstico de la Vida Consagrada a la luz de los retos evocados más arriba. Primero, nos dedicaremos a auscultar la realidad interna que nos aqueja para pasar, después, a interrogar las interpelaciones externas que nos solicitan como religiosos y religiosas.

Escenarios internos.

Acogiendo la intensa ola de críticas, no siempre muy acertadas, que nos vienen de la institución eclesial y de los medios más conservadores de la Iglesia, es hora, ante todo, de hacer nuestra propia autocrítica.

La primera y principal crítica concierne nuestra tendencia histórica a perder nuestra genuina identidad laical, para asimilarnos al mundo clerical. La razón de ser y el origen de la Vida Religiosa tienen que ver, precisamente, con una crítica y una ruptura con una Iglesia exageradamente clerical.

En este sentido, como Jesús, y con todo respeto por el clero, nuestra opción es un cuestionamiento de los abusos y traiciones de una Iglesia instalada en los hábitos de

poder. Hay que reconocer que el conjunto de la Vida Consagrada ha caído, desde mucho tiempo, tanto los hombres como las mujeres, en esta trampa y esta tentación del poder clerical.

Si somos sinceros, constataremos que, de nuestra marginalidad nativa, pronto nos hemos replegado hacia los espacios cómodos del “centro”. Pasamos más de 90% de nuestro tiempo y dedicamos la mayor parte de nuestros esfuerzos a consolidar la institución. De gente de intemperie, nos hemos transformado en sacristanes, funcionarios del aparato.

El reto prioritario, para nosotros y nosotras, por lo tanto, es la “desclericalización” de nuestras mentes, de nuestros estilos y de nuestras obras. Urge reanudar con nuestra identidad protestataria desde el margen, desde estos nuevos escenarios de los que hablamos, y desde el Evangelio. En definitiva, la Vida Consagrada no es la “elite” de un sistema institucional, sino una escuela de discipulado en el hoy de la Cultura y de la Historia.

Para operar esta conversión y este “retorno profético” a lo nuestro, es indispensable romper con el modelo burgués inconsciente, que caracteriza nuestro estilo de vida y nuestra mentalidad, para repensarnos y revivirnos como “parábola de Reino”.

La segunda tarea que nos incumbe, tiene que ver con el campo de la ética y de la moral, y su consiguiente replanteo de la ascética, propia de todo camino de conversión. Nadie duda que estamos pasando por una grave crisis ético-moral. Nuestros estilos de vida y nuestro mundo relacional, que se trate de la afectividad-sexualidad, del poder o de la economía, están, muchas veces, en contradicción con el evangelio.

En estos tres ámbitos, somos inconsistentes e incoherentes. Esto explica porqué, con una ascesis y una moral “Light”, la Vida Consagrada crea modelos que me atrevería a llamar “patógenos”, tanto en el comportamiento afectivo-sexual como en el ejercicio de la autoridad o el manejo de los bienes, materiales y otros. Producimos patologías y, muchas veces, no somos felices.

Pero, podría ser que la clave que abre todas las puertas de nuestro laberinto actual, tenga que ver, más bien, con la crisis mística de la Vida Consagrada. Nuestra opción de vida, que tendría que ser una rica escuela mística de discipulado, adolece de una pobreza espiritual catastrófica.

El primer espacio donde se experimenta este drama es la liturgia. Nuestra manera de celebrar se ha vuelto casi estéril, rutinaria, desfasada. Me pregunto muy seriamente si creemos, de verdad, en lo que decimos y celebramos en la liturgia. Nuestro mundo ritual, además de ser muy pobre, me parece estar en ruptura con el verdadero mundo de signos y significaciones en el cual nos movemos en la vida real.

En la Tradición de las Iglesias, la liturgia no es simplemente un espacio de cumplimiento normativo y disciplinario, sino el crisol del pensamiento teológico, la fuente espiritual de la experiencia mística, el maná de la vida comunitaria y el viático de la misión. Una liturgia desarticulada de la vida tiene consecuencias inmediatas sobre todos los espacios de nuestros compromisos como consagrados, y consagradas.

La consecuencia de esta crisis se expresa de dos maneras: algunas comunidades dejan, simplemente, de celebrar la fe, y entran en una lógica totalmente secularizada, y otras se acomodan de una celebración mediocre, donde el encuentro con Dios ha sido sustituido por el cumplimiento y la preocupación moralizadora, o unas devociones chatas e infantiles. Ninguna de estas alternativas lleva a una verdadera experiencia de discipulado.

En la misma línea, el discurso religioso que utilizamos, tanto dentro de la comunidad como afuera, en la catequesis por ejemplo, ha entrado en una verdadera debacle de sentido. Ni los que lo utilizan creemos ya en él, a menos de operar un ejercicio de contorsionismo intelectual y espiritual que nos deja inertes.

Esta crisis de la Palabra, en sentido amplio, explica porqué existe tal abismo entre lo que proclamamos y lo que vivimos. Esta práctica, típicamente nuestra, de lo que, en francés, se llama la “lengua de madera”, para significar un discurso ideológicamente “correcto”, pero ininteligible y, sobre todo, carente de verdadera adhesión, tanto de parte del emisor como del receptor, nos lleva, como ya lo dije, a una especie de esquizofrenia religiosa.

Finalmente, muchos autores señalan cómo, en la Iglesia católica en particular, lo dogmático-doctrinal se ha convertido en la condición de toda palabra. Es como si, el catecismo o la dogmática pusieran condiciones a la comunidad para acceder al Espíritu. Lo cual reduce la mística, por definición incontrolable, a una experiencia marginal y siempre sospechosa entre nosotros.

La pregunta al final de este requisitorio, un tanto severo, es la de saber si queremos seguir siendo levitas o vestales, cuidando el fuego sagrado de un sistema moribundo, o si queremos reanudar con nuestra vocación profética. ¿Seremos los heraldos del “continuismo” suicida o los pioneros arriesgados del “cambio de Dios”?

Escenarios externos.

El documento final de la conferencia de Aparecida nos invitaba a dejar, por un tiempo, los escenarios institucionales. Nos instaba a aventurarnos en el territorio abierto del mundo contemporáneo, a partir al encuentro de sus preguntas, sufrimientos y sensibilidad, sin querer, a priori, responder a todo, sino en actitud de humilde escucha.

Desgraciadamente, lo que llamamos la Misión Continental ha perdido completamente esta perspectiva y se dedica, más bien, a buscar todos los medios de recuperar los pasajeros que han huido del barco en perdicción. Nos hemos olvidado de preguntarnos seriamente, primero, el porqué verdadero de este abandono masivo.

Ojalá no se pueda decir lo mismo de la Vida Consagrada en su misión específica. Es urgente romper con las tareas del templo, como lo anunciaba Jesús a la samaritana en Juan 4, y dirigirnos hacia los espacios marginales. Lo nuestro es el pozo de Jacob o la piscina probática, en las afueras del territorio judío o del recinto del templo.

Desde esta marginalidad reencontrada, se trata, en primer lugar, de recrear verdaderos espacios para Dios. Nuestros contemporáneos lloran por encontrar caminos, herramientas y llaves para emprender la aventura espiritual, en el sentido más profundo.

En vez de eso, les ofrecemos “cantitos y estampitas”, baratos y bien pulidos en el taller de la palabra “ortodoxa”. ¿Cómo asombrarnos, entonces, que nos abandonen, para buscar en otras religiones, otras filosofías, lo que nos hemos negado a brindarles desde nuestra propia Tradición espiritual enmudecida?

Urge abrir espacios no institucionales de búsqueda del sentido, de lo sagrado, de la experiencia mística de calidad, en la perspectiva transpersonal señalada en nuestra primera parte.

Esta opción nos llevará, por cierto, a renunciar a nuestra cosmovisión mítica premoderna, para identificarnos con una red de pequeñas bollas que se hacen signo a lo lejos, en un mar embravecido y en medio de la noche más negra. Como se adivina, esta nueva visión supone que la Vida Consagrada sea para minorías proféticas y no para rebaños conformistas.

Al reanudar, como lo sugeríamos más arriba, con nuestra identidad laical, podremos estar en comunión con el mundo laico. Si nos descleralizamos, dejaremos atrás nuestra actitud paternalista para con los laicos, renunciando a verlos siempre como menores de edad en la Iglesia, y empezaremos a caminar a la par con ellos.

No se trata de crear pseudo familias laicales de nuestras espiritualidades, para compensar la escasez de vocaciones y consolarnos de nuestra pérdida de audiencia. Hay que recrear una manera de ser hombres y mujeres de hoy caminando, por igual, con los hombres y mujeres de hoy.

A nosotros nos toca atender esta eclosión dolorosa de lo que llamamos las nuevas conciencias, hacer de nuestras comunidades verdaderos albergues del “Buen Samaritano”, para los heridos del camino postmoderno.

Pero, más allá de estos espacios nuevos de corte propiamente espiritual, creo que es tiempo de aventurarnos de nuevo en el escenario de la cultura. En la Historia nuestra, siempre los religiosos y religiosas hemos estado atentos a los movimientos culturales, siendo parte, no por poco, de la creación de lo nuevo. Que se trate del arte, de la ciencia, del pensamiento o de la investigación, son legiones los religiosos y religiosas que dieron su valiosa cuota al progreso cultural de la humanidad.

Debemos reconocer nuestra pobreza en estos campos hoy en día, distraídos que estamos, desde demasiado tiempo, por las tareas eclesíásticas internas. Es hora de salir al encuentro de los movimientos culturales, ahí donde se piensa y se crea, y desatarnos, de una vez, de la preocupación exclusiva por la “implantación de la Iglesia”. Es el tiempo del compañerismo humilde y pluralista con la humanidad, y no del protagonismo grandioso y prestigioso desde la institución.

En este vuelco radical, el campo de la educación cobra una importancia particular. Siempre los religiosos y religiosas hemos sido maestros y maestras, educadores. Esta misión sigue siendo prioritaria. Sin embargo, hay que preguntarnos si nuestras redes y modelos de educación promueven el continuismo o favorecen la eclosión del mundo nuevo según el evangelio y conforme a las nuevas conciencias.

Para garantizar una educación que no vaya a contracorriente de la Historia, es importante también atender la nueva toma de palabra múltiple de las mujeres, del mundo indígena, de los jóvenes, de todas las minorías etc.

Finalmente, como eje transversal de esta nueva ubicación en el mundo, es responsabilidad nuestra ensayar activamente una nueva simbólica, desde la poesía, desde el arte y la ciencia. Que no seamos espectadores pasivos y nostálgicos de lo que nace sino, junto con muchos otros, pioneros y parteros entusiastas.

Un reto pascual para nuestro tiempo.

Es conveniente ahora, a modo de conclusión de estas reflexiones, intentar una síntesis teológica de la intuiciones compartidas. Me propongo hacerlo desde la categoría pascual. Lo que estos nuevos paradigmas y escenarios nos exigen, es una verdadera experiencia pascual desde la cruz y hacia una resurrección.

¿Cuáles son nuestros “Gólgotas”?

Parto de nuevo de lo que llamé, más arriba, la “hipoteca histórica” que pesa sobre la Iglesia y, por lo tanto, sobre nosotros: la identificación del cristianismo histórico con la violencia, el oscurantismo y el autoritarismo antidemocrático.

La crítica de la sociedad y de la cultura laicas (en el sentido profano de laicidad moderna) no es solamente malévolas, como se dice muchas veces en los medios eclesiásticos. Tiene un fundamento real. En el inconsciente de esta cultura, estamos identificados con el oscurantismo y el autoritarismo, basados en presupuestos anticientíficos. Aún si esta crítica es, evidentemente, exagerada, una vez más nos toca acatar su parte de verdad. Allí está plantada nuestra cruz desde donde hay que morir para resucitar.

Otro “Gólgota” nuestro, como Vida Religiosa latinoamericana, tiene que ver con el fracaso de los intentos recientes de reformas de nuestras instituciones y estilos. Debemos reconocer, con dolor, que tanto la “inserción” como la “inculturación” y la “refundación” de la Vida Consagrada, que habían movilizado nuestras utopías desde unos 50 años, han desembocado en un impasse.

Este fracaso se aúna al fracaso del Concilio y al estancamiento de la Teología de la Liberación. Estos dos acontecimientos proféticos aparecen, hoy en día, como los últimos “grandes relatos” de la época moderna y, a la vez, algo como sus “cantos del cisne”. Urge ahora entrar en un silencio místico, para fraguar pacientemente, en el crisol de la postmodernidad, con sus nuevos paradigmas, una palabra radicalmente nueva.

Esta coyuntura de muerte es el terruño de la experiencia pascual a la que parece llamarnos Dios: ¡“hay que morir para poder vivir”! Ya no conviene lamentarnos, como los discípulos de Emaús, después de la frustración de la cruz. Heredamos del pecado de la Iglesia y de nuestro propio pecado.

En cuanto al estancamiento de los intentos postconciliares de reforma de la Vida Consagrada, por ejemplo, tenemos que confesar que nos quedamos, en buena parte, al nivel de las intenciones. Pero, pocas veces pasamos a las renunciaciones y conversiones que implicaban estas nuevas pistas.

En lo que toca al Concilio y a la Teología de la Liberación, hay que constatar un cierto grado de ingenuidad, tanto frente a las poderosas resistencias de las masas y de los sectores conservadores, como a propósito de estos nuevos paradigmas y escenarios que ni pasaron por nuestras imaginaciones.

“Renacer del Espíritu”.

Lo único que nos queda, y lo encuentro realmente providencial, es “renacer del Espíritu”. Habrá que cultivar lo que llamaría una sabia disciplina del “olvido” (de las modalidades seculares de vernos a nosotros mismos), para hacer a lo nuevo, ingenuamente, la experiencia del Evangelio como ruptura universal. Es hora de retornar a nuestro espacio de origen: el desierto, como lugar donde el Señor habla al corazón arrepenido.

En este renacer del Espíritu, sin embargo, y muy paradójicamente, tendremos que repensar y retrabajar el rol del cuerpo y la afectividad. La nueva cultura reivindica vivir el cuerpo como lugar espiritual, lugar teológico, lugar de Dios. Reconozcamos nuestro enorme déficit en la materia.

Retornar al “estado de Parusía”.

Asimismo, nos toca reanimar un “estado de Parusía”. La Vida Religiosa nació cuando las comunidades cristianas, decepcionadas por el retraso indefinido del retorno de Cristo, se instalaron para durar e implantarse como sistema de sociedad. Nuestros antepasados no quisieron resignarse a esta situación, y propusieron una alternativa simbólica, la Vida Consagrada, como una propuesta de estar en permanente estado de Parusía: espera, intemperie, libertad profética etc. Hay que retomar esta intuición fundacional y abandonar todo lo que la desmiente.

Finalmente, es responsabilidad carismática nuestra emprender una valiente y seria reconciliación entre religión, como sistema cultural significativo, y mística como experiencia libre y liberadora de Dios. Urge reabrir las fuentes tan abundantes de la Tradición mística y espiritual del Cristianismo, cerradas indebidamente por los “levitas” y las “vestales” y sus controladores canónicos y dogmáticos.

Simón Pedro Arnold o.s.b.